

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

Cuentos del paraíso de las islas

17-03.

LA CANINA ESMERALDA



Emilio Sola

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Archivo, Galeatus, El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09/07/2012, 15/03/2025 y 14/04/2026
Número de páginas: 6
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

EN AQUELLA CENA MEMORABLE EN LA QUE EL PUJOLITO Y LA TITINA HABLARON POR ÚLTIMA VEZ DEL AMOR EN PÚBLICO, se terminó resolviendo finalmente el asunto aún pendiente de la fiesta del canje: qué se iba a canjear por las pelis del Antiguo, la justificación de la fiesta. La cena es más memorable todavía por la cantidad y calidad de filmaciones y registros de todo tipo, pero, sobre todo, –siguen siendo las reinas de las ondas – por las imágenes, el cine. Carla Canon y Corino estaban a ello porque sí, para mandármelo todo a mí, al operativo del observatorio del zoo, pero la Blancadoble Sánchez tampoco se perdió la oportunidad, inquieta y avispada como siempre había sido, con olfato de arte. Y la Entrambosaires hija, o Entrambosaires II –y ya había III y se anunciaba IV, los tiempos van a velocidades que es una barbaridad – la Entrambosaires II, después de las primeras emociones y sobresaltos ante los arrumacos de sus padres biológicos, para muchos de nuevo los padres verdaderos, tampoco se cortó un pelo a la hora de sus registros personales para recuerdos tan singulares e irrepetibles. El único que parecía no enterarse era Chito Gomes: enseguida se perdió por un rincón con una guitarra que traía siempre a cuestas, en los viajes de por ahí, y en momentos de calma les cantó fados y boleros. El Pujol se dirigió en un momento a la Consu, y todos sacaron sus antenas de alerta, voraces.

- Consuelo, ¿te acuerdas del montaje de la Teresa Margolles en lo del Manfredi en Knosos? El tatuaje con el signo de la fertilidad y de la vida de la Cabilia que el Manfredi quiso que le enmarcara la Margolles, se parece a lo que yo debo hacer con mi Canina Esmeralda – la Consu rezongó por lo bajo “ya sé a dónde quieres ir, bacalao”, y le animó con un gesto a continuar – Sí, es justo eso.

La literatura no es más que la transmisión de la vida y de su posibilidad misma, de la que depende. Si no, sería un puro lamento fúnebre, enumeración de desdichas.

Como si hubiera pasado un ángel, se hizo el silencio y Pujol continuó:

- Cuando canta un gallo algo parece que amanece. Prisciliano Manfredi, antes de morir, cuando ya no tenía ganas de pasear ni siquiera por los jardines azarosos de su casa de Knosos, hizo que viniera la Margolles y su equipo y le quitaran el tatuaje de la fertilidad y de la vida que se había hecho hacer en la nalga derecha, tatuaje que siempre había fascinado al Pujolito niño. Cuando se enteró el Pujolito de cómo se hacían los tatuajes, sí, yo mismo de chaval, ya no quise saber nada de aquello, pero tal vez lo tuviera presente cuando me encapriché con ponerme el colmillo verde con el amuleto que me regaló el Manfredi, el viejo colmillo del padre del cuchillo. Ya veis cómo son de sencillas las cosas. Las sagas del paraíso de las islas, pura letanía un poco adormecedora. Es el mismo amuleto que hoy quiero legar, como Canina Esmeralda, al fondo simbólico-ché del Borondón para poder romper el sortilegio de su cláusula testamentaria condicional. ¿Veis la similitud? La disculpa para una fiesta. Eso es. Ese es el sentido profundo de lo que la Carla y el Corino, como estimulantes vaiveners, han conseguido que yo consintiera para centrifugar la marcha... Para mí, ya, de

alguna manera –y miró a la Consu allí a su lado acurrucadita, ya todos por los sofás – será la marcha de la despedida.

No le gustó nada a Corino el final de las palabras del Pujol, aunque no dejaron de conmovérle. Por un misterioso instinto supo que los registros que tuviera de esas palabras debía hacérselos llegar a Yamamoto, pues ella iba a encontrar algo de lo que buscaba – movistar – del Pujol, de seguro.

- Como sabréis, y si no lo sabéis ahora os lo cuento yo –continuó Pujol con parsimonia – el tatuaje de la fertilidad y de la vida de la Teresa Margolles está sólo en depósito en Knosos, y sólo hasta el día en que se localicen los restos del padre del cuchillo Laurai Bujudmi, desaparecido en el sur hace más de medio siglo. – Hizo una pausa el Pujol; todos, más o menos, sabían algo de la desaparición del padre del cuchillo y de María de la Soledad Muñoz Dolores, mitos viejos del paraíso de las islas, así que continuó – No es nada probable que encuentren los cuerpos del Bujudmi y de María de la Soledad Muñoz Dolores; posible lo es, pero no probable. De todas formas, la permanencia del tatuaje del Manfredi en Knosos es también condicional, como las pelis del Antiguo en lo hondo de la fosa en la que están, y cuando desaparezcan de ese lugar que ocupan habrá que reemplazarlos por otro objeto / montaje / aviso que justifique una fiesta conmemorativa, y vuelta a empezar. Esa es la esencia viva del centrifugar, que no decaiga la cosa, que siga la vida. Si se llegaran a encontrar los restos del padre del cuchillo, el Manfredi dejó estipulado que el tatuaje de la fertilidad y de la vida se trasladara al inmemoriam que le dedicaran a su antiguo tutor en el lugar del encuentro, pues había suficiente material depositado en la casa de don Borondón o del Naranjal para lo que se quisiera hacer. Sólo en ese caso – y el Pujol hizo titilar la Canina Esmeralda, coqueto – en ese caso quiero que mi Canina Esmeralda vaya a sustituir en Knosos, en el jardín azaroso del Manfredi en el área de los mártires de la tecnología, al tatuaje de la fertilidad y de la vida de la Teresa Margolles. Letanía de letanías, mas no quiero adormeceros. Mientras tanto, mi Canina Esmeralda se quedará aquí, en el Naranjal, en la fosa de la fuente de don Borondón, para sustituir como objeto material significativo las películas que se rescatan, otro objeto significativo, tal las antiguas reliquias de las religiones. Sencillamente, para que no decaiga. Pero creo que me estoy haciendo un lío. En fin.

A Carla Canon y a Corino les entró la risa. Creían entender por dónde quería ir el Pujol, pero al mismo tiempo no veían resuelto el problema. La exposición de la decena de Caninas Esmeraldas preparadas por los equipos de Cavernícolas ya estaba instalada en la cúpula central de lo de la Blancadoble y ya estaba teniendo mucho éxito con un goteo continuo de curiosos, a pesar de que aún seguían con los remates finales de la exposición secundaria de fragmentos y previos que pensaban tener lista en un par de días. “En dos semanas, Pujol, tenemos la fiesta de la gran luna de junio, la fiesta del canje”, recordó la Carla entre risas. “Y nos falta todavía ese objeto significativo para dejar en la fosa de don Borondón en lugar de sus pelis...”

- No hay problema, Carla. Todo lo tengo bien pensado. Quiero que en la fosa del Antiguo se conserve mi Canina Esmeralda completa, pero mientras no me muera eso no va a ser posible; por ello creo que lo mejor es dejar en su lugar la

instalación de las diez caninas esmeraldas de los Cavernícolas, con un documento bien redactado en el que se explique que allí permanecerán hasta después de mi muerte, tras la que mi calavera completa, con la Canina Esmeralda original, pasará a ocupar su lugar y las diez copias se repartirán entonces, comenzando por Knosos, por los intersticios de nomadeo con más marcha del momento en que eso suceda. Como veis, lo tengo bien pensado: eso significa, por lo menos, una docena de fiestas más para el tiempo venidero, pura centrifugación... Ah, y con una condición por mi parte, que en cada fiesta haya combate erótico conmemorativo. ¿Qué os parece? Resuelto el problema.

Esta vez la que se hartó de reír fue la Entrambosaires I, tanto que la Entrambosaires II, Alta Gracia, tuvo que darle unas palmaditas en la espalda. Carla reaccionó enseguida.

- Hay que difundir un primer rumor, Corino, de que tal vez el Pujol no quiera extraerse el colmillo verde. Lo podemos redactar esta noche y mañana lo dejamos caer por el pabellón de la Blancadoble para que lo difundan los visitantes. Podemos dejar que circule durante tres o cuatro días más, y luego lanzamos ya el plan definitivo para la fiesta.

Todo estaba resuelto. El Chito Gomes interpretó un bolero de lo más arrastrado que todos bailaron antes de despedirse. La vida seguía igual.

LA NOCHE ANTERIOR A LA LUNA LLENA DE JUNIO, ANTERIOR A LA DE DON BORONDON, como aún se dice, la Consu invitó a cenar a Sergei de Spalato, que había venido a echar una mano en los últimos días. Tanto Corino y Carla como Blancadoble Sánchez no quisieron perderse la velada, y allí estaban en la cocina de la Consu, con un cocinero malayo que Sergei se trajo consigo, un fuera de serie en el arte culinario de la gallina. A media tarde había llegado el cocinero malayo y mientras preparaba la cena le contó a Pujol y a Consu sus viajes de juventud huyendo de las pestes que habían assolado su región y habían terminado con todas las aves domésticas tradicionales; el Cocinero Malayo era muy ocurrente y expresivo y chapurreaba una especie de lengua franca muy popular. Se hartaron de reír con sus historias y el Pujol hizo de pinche de cocina para él. Ya todos a la mesa, entre Carla y Corino consiguieron que Sergei evocara para ellos el tiempo de la instalación de la plataforma circular de don Borondón, medio siglo atrás.

- Yo era un chaval entonces –comenzó Sergei de Spalato en la sobremesa – como vosotros, recién veinteañero, y fue mi último viaje de conocimiento y de contactos, aunque ya entonces estaba anticuado llamarlo así; el montaje de la plataforma giratoria del Antiguo se convirtió en mi primera dedicación profesional plena. En Spalato habíamos trabajado durante dos cursos con grabaciones históricas de música de la época de juventud de don Borondón, que no era otra que la época inmediatamente anterior a la gran guerra o GG y muerte de Juan Bravo, hace ahora un siglo bastante largo, la que llamaban música rockera antigua. Para vosotros, ahora, un tiempo antiquísimo, de antes de la risa. Casi el tiempo de la fábula. Pues bien, aquella recopilación musical, registrada con la tecnología del momento, que hoy os parecerá casi pre-tecnológica, de arqueología fónica se podría decir, fue la contribución principal de las

instalaciones de Cavernícolas que por entonces estaban fraguándose con fuerza por la costa dálmata. Del laboratorio de la escuela de Spalato nos seleccionaron a una docena de estudiantes más animosos para instalar en la plataforma del Antiguo en esta casa del naranjal el cuadro de mandos sincronizado con aquella recopilación musical rockera antigua, y acá que nos vinimos estructurados en equipos para turnarnos para mayor libertad de movimientos de cada uno; fueron los meses más memorables de mi juventud. El Antiguo venía a diario a las obras, como él decía, el pelo y la barba canosos, una túnica musulma blanca y el bordón, figura entre bíblica y céltica, de fuerte impacto plástico. Luego hubimos de acoplar los mandos de sonido a otro cuadro de mandos singular, que precisaron la sincronización de innumerables redes electrónicas y de cañerías y conducciones complejas para líquidos, sólidos y gases. La plataforma, además, era giratoria y elevable hasta lo menos diez metros, de manera que se convertía en un magnífico mirador en el centro de naranjal, y en torno a la cual Erik Anderson había planificado un jardín con amplia explanada central. Y en el centro de la plataforma giratoria, el trono del Antiguo -. Sergei de Spalato permaneció unos segundos como extasiado, tal vez intentando alumbrar en su memoria alguna imagen del Antiguo entronizado, tal un icono oriental. Todos conocían con mayor o menor detalle aquello y, quien menos, había leído en su niñez algunos fragmentos del relato “Don Borondón el Babilónico”, en el que el final de los trabajos de la plataforma circular giratoria inscrita en un cuadrado y con el trono-retrete central diseñado por Mario Pinto Godinho al gusto del mismo Antiguo ocupaban gran parte del relato. Pero no quisieron interrumpir el fluir discursivo de Sergei, el ángel o la gracia -. El trabajo del primer turno, en el que yo estaba, fue duro, contra reloj casi, ante la insistencia del Antiguo en que terminaran las obras, y en la fiesta de la entronización en la plataforma circular giratoria, creo que fue por la gran luna de mayo, o así, yo estuve de guardia y muy ocupado con un par de incidencias técnicas, hasta que todo terminó divinamente. Pero me había perdido la gran movida que fue aquello, con música programada por el propio Borondón a su gusto – tuvo toda la noche a la gente a salsa, samba, pasodoble y rumba – y un montón de instalaciones e intervenciones de Cavernícolas que luego pude ver proyectadas muchas veces. Cuando pasaron los siguientes equipos de relevo de turno, yo me quedé por la casa del naranjal todo el verano, pues me había enamorado de una bella Hamuina, compañera de albergue y en viaje de conocimiento y de contactos, y quería disfrutar de la marcha espléndida que había advertido a mi alrededor durante el periodo de montaje. Turistas, viajeros y comuneros o apalancados, como se decía, las acampadas estaban llenas y los albergues habían desbordado a los programadores y vaiveneros. Bueno, eso había sido siempre la normalidad, y era más emocionante así. Aquel verano con la Hamuína Aljarrubiya al lado, cada dos por tres fiestas en honor de don Borondón, que nos ponía a cien desde la plataforma con la música, mientras cada tarde se organizaban desfiles para agasajarle y distraerle, debió de ser uno de los momentos estelares de enamorado de mi vida. Y la luna de don Borondón, mi anagnórisis particular con el amor, y no sé si estaré empleando bien la palabra. Mi iluminación. Nunca más volví a ser el mismo...

Todos respetaron el silencio emocionado del viejo Sergei de Spalato; su emoción espontánea fluyó mansa entre los comensales de sobremesa, haciendo que sintiesen hasta físicamente el paso del ángel de la gracia, y Corino no pudo contener un susurro:

- Usted, Sergei, vivió el tiempo de las últimas palabras del Antiguo...
- Sí, claro; aunque ya os dije que era muy joven por entonces y no me enteré de la mitad de la mitad. El tiempo de las últimas palabras del Antiguo, como tú dices, y te ruego que me tutees pues, si no, me incomodas, ese tiempo de las últimas palabras para nosotros era el verano de la celebración, como le dio al Babilónico por decir ante la llegada sin parar de gente y gente al naranjal, de tal manera que hubieron de ampliar la zona de acampadas para que no se colapsara aquello. Para mi coincidió en ese verano la celebración de mi anagnórisis, como os he dicho, con la celebración del amor, con Hamuína Aljarrubiya al lado, a la que adoraba. Sólo tras la muerte ahogados de un joven griego y una joven también griega que sumió en el silencio al Antiguo, hube de interrumpir mi vuelo gozoso con Aljarrubiya por el naranjal para hacerme cargo de nuevo del control de mandos de la plataforma circular a causa del encierro final y muerte de don Borondón. Fueron quince intensos días, los previos a la gran luna de julio, desde entonces la luna de don Borondón.

